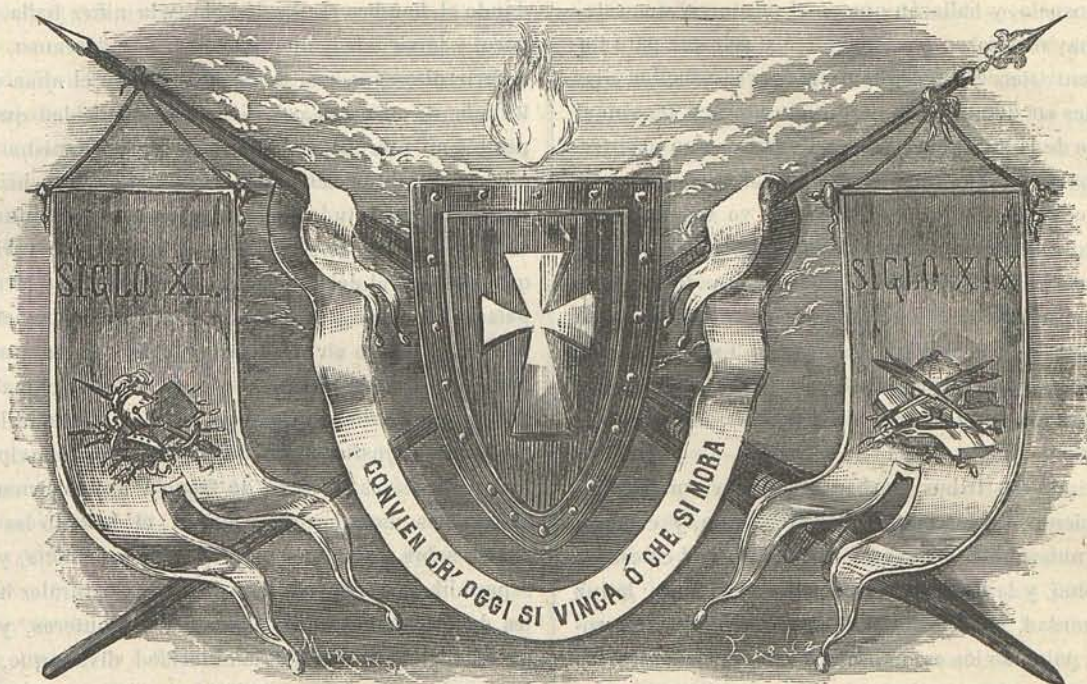




LA CRUZADA,

REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

SUMARIO.

Trescientos años atrás, por D. Ramon Nocedal.—*El Pauperismo* (introducción), por D. Federico Arrazola.—*Á la memoria de mi querida madre*, soneto, por el Sr. Marqués de Heredia.—*El Ateo*, soneto, por D. Leopoldo Augusto de Cueto.—*La Mujer*, por D. L. Acosta, pbro.—*La Felicidad*, por D. Ramon Rubio Juncosa — Suelos.

TRESCIENTOS AÑOS ATRÁS.

Nunca pude entender por qué algunos cristianos se entristecen en presencia de ciertos sucesos. Dice Tertuliano que la verdad es alegre porque está segura del triunfo; y ciertamente, ¿qué importan al cristiano desventuras ni desastres, si sabe que la hoja no tiembla en el árbol sin permiso de Dios, si al entrar en batalla está seguro de alcanzar la victoria, ó el martirio, que es perfecta y acabadísima victoria? Pero mucho menos entiendo por qué se afligen y se contristan muchos cristianos de este siglo y dan tales lamentos y exhalan tan tristes quejas, como si todo estuviese perdido y no quedase esperanza. «Si no hubiera tirano, no hubisera

»mártires, dice un filósofo; si no hubiera Decio, no hubiera Laurencio; si no hubiera Daciano, no hubiera Vicencio; y si no hubiera Herodes, no hubiera mártires inocentes.» Grandes maldades y crímenes horribles han cubierto de luto y de vergüenza los días de este siglo; pero también le han llenado de gloria y alegría heroicas virtudes, y Dios ha premiado con mano pródiga la constancia de los que permanecen fieles. ¿Por qué hemos de entristecernos los que vivimos en el siglo de Pio IX? ¿Qué habrá que ponga miedo en las almas que han visto á donde alcanza la maravillosa fortaleza de la Iglesia de Cristo? ¿Cómo podemos estar tristes los que hemos visto rasgarse los cielos y mostrarnos confirmada, entre torrentes de luz, una verdad, un dogma, la Concepcion Inmaculada de nuestra Madre Maria?

Bien se me alcanza que muchos no se entristecen de temor, sino de pena, viendo cuántos males cercan y afligen á la Iglesia de Dios, considerando cuántas almas muertas y perdidas han de quedar en el campo de batalla; y esta es muy santa y envidiable tristeza. Mas si vuelven los ojos atrás y comparan, aun estos que con tan justa causa se quejan, recibirán grandísi-

mo consuelo, y hallarán que en el punto en que estamos, hay más razón para alegrarse y reír que para llorar y entristecerse. Porque pasaron ya aquellos días terribles en que solo era permitido adorar á Dios en el tablado de la guillotina, y aquellos otros aun más tremendos en que para ir á misa con la cara descubierta, era preciso ser mujer ó héroe; y, ó yo me equivoco mucho, ó se necesita estar ciego, sordo y sin sentido para no ver que comienza á alborear un día sereno; para no sentir el perfume de las flores, ni oír el canto de la tórtola que hacían esclamar al Esposo en los Cantares: *Surge, prope, amica mea, columba mea, formosa mea et veni: jam enim hiems transit, imber abiit et recessit.*

Cuando las tribus bárbaras salieron como lobos hambrientos de los bosques de Germania, y cayeron como nube sobre el imperio envilecido, y el coloso se desplomó, y la tierra se estremeció con espanto; la luz de la verdad, venida de Oriente como el día, brilló entre el polvo de los escombros, como el sol entre las nubes de la tormenta, y desde lo alto del Vaticano iluminó á los pueblos que yacían en tinieblas de muerte: sobre las ruinas de Roma pagana, se alzó Roma cristiana bautizada con la sangre de los mártires; sobre el imperio de la materia se levantó el imperio del espíritu, y en su seno maternal, con su sávia, fecundísima, se formó y prosperó Europa cristiana, gigante colosal de cien millones de brazos y una sola cabeza. El Cristianismo devolvió al hombre su dignidad perdida, su libertad envilecida, su igualdad moral y sus derechos naturales conculcados; levantó á la mujer de la condicion miserable y abyecta en que la ley del más fuerte la tenía, y la hizo compañera del hombre y ángel del hogar, y aun esposa de Jesucristo; rompió las bárbaras cadenas de la esclavitud; santificó el trabajo que estaba envilecido y despertó la energía enervada del individuo, poniéndole en camino de desarrollar simultáneamente todas sus facultades en las ciencias, en las artes, en la industria, que entonces comenzaron á ser digna, noble y santa ocupacion de los hombres. El Cristianismo rompió los nudos artificiales y duros de la familia pagana, y la reconstituyó con los lazos naturales, blandos é indisolubles que Dios quiso darle: él la elevó sobre la alteza de un sacramento; él la hizo vínculo inquebrantable que une al hombre con su patria, fuente inestinguible de indomable patriotismo, cauce de las santas tradiciones que enlazan unos siglos con otros y llevan de generacion en generacion las glorias, los adelantamientos y el progreso de todos los tiempos; manantial inagotable de donde la sociedad recibe vigor, salud, honradez y virtudes; santuario del amor

donde el hombre recibe la vida, y la niñez halla amparo, y la virilidad aliento, y la vejez descanso, y la muerte plegarias, y el dolor consuelo, y el alma desterrada de su patria celestial, toda la felicidad que es posible en este valle de lágrimas. El Cristianismo dió á las costumbres cierta suavidad preciosa, que hizo la paz más amable y la guerra menos cruel; él infundió en las venas de las sociedades el espíritu de caridad que protege al débil, socorre al infortunio y levanta palacios al dolor y la pobreza; él formó la conciencia pública que, aun en las épocas borrascosas en que la moral privada se pierde, distingue el bien del mal, y llama vicio al vicio, y conserva las máximas morales y las reglas de justicia, y hace odiosas y raras las violencias particulares, y sirve de freno á los gobernantes bajo cualesquiera formas políticas; él levantó las naciones sobre los eternos principios de la justicia, y las separó libres é independientes con sus naturales límites de origen, costumbres, lengua y fronteras, y las unió en el amor y la fé á la autoridad divina que, sobre pueblos, familias é individuos, derramaba luz y prosperidad y grandeza. Y todo esto lo hizo, no con revoluciones y trastornos, sino predicando paz y mortificacion y penitencia; no diciendo á las gentes: «tales son vuestros derechos, reclamadlos,» sino diciendo: «estos son vuestros deberes, cumplidlos.» Y el siervo obedeció á su señor por Dios, y el señor respetó en su siervo á su hermano en Jesucristo, y la mujer amó y respetó al hombre porque Dios se lo mandaba, y el hombre amó y respetó en la mujer á la compañera que Dios le había dado, y el vasallo dobló ante el rey la cabeza, recordando que por Dios reinan los reyes, y el rey fué padre de sus vasallos, pensando que á todos ha de juzgar el que es Rey de los cielos y la tierra. ¡Oh qué magnífico espectáculo! El individuo al amor de la familia, la familia al amparo de la sociedad, la sociedad iluminada por la luz salvadora de la Iglesia, que estendia sobre el mundo el espléndido manto de la civilizacion, y sobre el pedestal que las artes, las ciencias y la civilizacion la ofrecia, se elevaba resplandeciendo de gloria, cubierta con la blancura de la pureza y la púrpura del martirio, y levantaba la cabeza sobre el manto de los cielos, y allí tomaba más luz, y más vida, y más felicidad que derramar sobre el mundo regenerado!...

Aun no se había logrado todo; las pasiones y los vicios de los hombres eran grandísimo obstáculo; pero ¿cuándo había llegado la tierra á grandeza semejante? ¿Cuándo había estado tan cerca de ser lo que Dios quiere sea, camino y vestíbulo del cielo? ¿Qué siglos pueden ofrecer tantos ni tan grandes santos, sabios y

artistas; tantas ni tan generosas empresas; tanta vida ni tanto progreso intelectual y material, como los siglos de San Benito, las Cruzadas, Santo Domingo, San Francisco, Santo Tomás, las Partidas, San Ignacio, la Divina Comedia, las Catedrales de Colonia, de Toledo y de Sevilla, y la Imprenta? Aun faltaba mucho; pero si pobre, débil y ferozmente perseguido el Cristianismo, había sacado luz de las tinieblas, orden del caos, y de un mundo pagano había hecho un mundo cristiano, ¿qué no hubiera hecho á la cabeza de cien naciones, con la fuerza poderosa de la unidad europea, sin enemigos que vencer, reuniendo todas sus fuerzas para seguir la obra de la civilización? ¿Quién puede calcular á dónde habríamos llegado á la hora presente? ¿A qué rincón del mundo no habría llevado ya el Cristianismo su luz, su vida y su grandeza, si las abrasadas arenas del desierto, que sepultaban ejércitos inmensos, y las iras del mar nunca sulcado, y el ambiente mortal de las florestas vírgenes de América, no eran poderosos á detener la marcha triunfal de su civilización creciente y vigorosísima?

El enemigo comun de la gloria de Dios y el bien de los hombres, arrojaba todos los siglos al mundo cismas ó herejías; pero desaparecían, como arenas, al soplo de la elocuencia cristiana: levantó un día ejércitos enteros á la voz de Arrio; pero cayeron ante el valor de los fieles, como el heresiarca ante la elocuencia inspirada del Santo Atanasio: juntó despues contra la Cruz los ejércitos de la media luna; pero el heroísmo indomable de la católica España los detuvo á las puertas de Europa, y los lanzó más tarde al otro lado del Estrecho. Vencido, irritado y soberbio, quiso hacer un ultimo y supremo esfuerzo: juntó todos los cismas y todas las herejías, las amasó con fuego en lo más profundo de los infiernos, y lanzó al mundo su engendro abominable, gritando en los tronos y en los púlpitos:

¡libre exámen!

¡Libre exámen! ¡Humillante confesion! Al cabo de cinco mil y seiscientos años de vida instable, de innumerables variaciones, de pruebas inútiles, de agitación y de fiebre, la impiedad no tenia que decir á sus sabios (¡sabios se llaman!) más que: «pensad como queráis, yo no sé nada.» ¡Contradicción lamentable! La razón libre abjuraba de todo lo que había creído, confesaba que había errado siempre, que nunca había dado con la verdad; y con todo eso se declaraba salvadora del mundo, única inagotable fuente de la verdad y el bien!

¡Ah, humanidad insensata! ¿Para qué recibiste aquel rayo de la luz divina, que es la lumbre de la razón? ¿De qué te sirve la experiencia de los siglos que

has vivido? ¡Qué ciega y qué miserable eres! ¡La experiencia y la razón de consuno te enseñan el único camino de tu bien, y tú cierras los ojos, y ahogas tus recuerdos, y una y otra y cien veces caes en los mismos errores y en iguales abismos, y solo vuelves en tí y obedeces, ¡como las bestias, cuando el látigo cruce sobre tu cabeza!....

Es un hecho constante, que allí donde los verdaderos principios sociales se conservan bajo la influencia de una autoridad viva, hay progreso; por eso le hubo en el centro de Asia (aunque la infidelidad á las leyes divinas y las catástrofes políticas lo retardaban), porque las tradiciones primitivas y los verdaderos principios sociales eran conservados por la voz de los profetas; por eso hubo grandísimo progreso, á pesar de las malas pasiones, en Europa cristiana. Pero cuando los principios son ahogados por la letra sin ser vivificados por el espíritu, hay inmovilidad; como en China, en India, en Egipto, en aquellos grandes centros de la sabiduría pagana, que viven inmóviles aferrados á las fórmulas invariables de sus libros sagrados, como las momias embalsamadas de sus sepulcros. Y cuando, privados de toda estabilidad los principios, son abandonados á los caprichos de la razón individual, al aislamiento doméstico, sin remedio hay decadencia: por eso se hicieron bárbaras las tribus que se alejaron del centro de Asia y se esparcieron por el Norte de Europa; por eso los pueblos de Occidente decayeron, y la cultura intelectual, maldecida aun de sus mismos filósofos, no les sirvió sino de espuela y aguijón que los llevó más de prisa á la mayor y más horrible corrupción que puede concebir el entendimiento.

El hecho es constante y nunca desmentido; la razón halla fácil explicación de él en la naturaleza misma de las cosas: y sin embargo el libre exámen arrastró en pos de sí á gran parte de la humanidad.

(Se continuará.)

RAMON NOCEDAL.

EL PAUPERISMO.

I.

Avanza la humanidad en el camino de la vida; y cuando orgullosa contempla, como se alejan las sombras, que por tantos siglos la cubrieron en la noche del pasado; como con la luz del nuevo día, la naturaleza y la ciencia la ofrecen sus verdades, y sus bellezas el arte, envanecida con sus triunfos; cubiertos los ojos con la dorada venda de sus ilusiones, cree cercana la felicidad que ha de gozar, y se dispone á escribir la última página de sus conquistas.

Pero la humanidad no es feliz; porque la impiedad se estiende aun sobre la tierra; las pasiones degradan á los hombres, y la miseria hace sentir sus horrores á inmenso número de desgraciados. La humanidad no es feliz. Dificil es trazar el cuadro de sus dolores; por eso nos limitamos á estudiar hoy, una de las llagas que corroen su corazon y estenúan su vida y lozanía.... El pauperismo, sombra fatídica que alzándose de entre las tristes amarguras de la miseria, detiene á la sociedad en su gloriosa marcha, y la amenaza con la mas terrible de las revoluciones; la del indigente hambriento y ciego, contra el resto de los hombres, que no saben ó no pueden contestar sus clamores.

En vano se busca en la ciencia remedio á tales males.... La sombra avanza, imprimiendo por todas partes su descarnada huella. ¿Llegará el momento en que termine su obra, en que su manto nos cubra por completo, y venga á tierra el edificio de la civilizacion, tan trabajosamente levantado? Al decir de un distinguido escritor, el dia de esa gran revolucion se acerca, y para evitarla, solo dos medios se encuentran: ó purificar las voluntades por la Religion, ó encadenarlas por la tiranía.... La Religion, esa sublime ciencia, enseñada por un Dios todo amor y caridad; esa Divina imagen, que acompañando al hombre desde que nace hasta su muerte, le sostiene en la desgracia, le guia en la opulencia, y tiene siempre consuelo para sus amarguras, remedio para sus males. La Religion, la gran Religion Católica, que no obra solo en la esfera moral como los desgraciados que la olvidan pretenden, sino que como ciencia suprema, envuelve la solucion de los problemas sociales que hoy nos confunden, y es, como dice Thiers, la salvacion de la Europa entera. Inspirados en esa gran verdad, hemos de estudiar la árdua cuestion del pauperismo, señalando sus causas, mostrando sus efectos, y proponiendo el remedio para tan grave mal.

Y no se crea que soñamos una vida de bienestar absoluto, sin lágrimas, sin dolores, sin duras pruebas, no; que son nuestros dias continua expiacion y penoso sacrificio, que segun la magnífica espresion de De Maistre, impone la Divinidad al hombre para regenerarle. Pero Dios, que permite el mal, nos da tambien consuelo para nuestras penas; brotan la resignacion y la gratitud en el corazon del pobre, la compasion y la caridad en el del rico; es la miseria motivo para el bien; ambas corrientes se unen, y la sociedad no vacila al choque de tan encontrados elementos: que tal es la magnífica obra de la Religion, es lo que en nuestros desaliñados escritos intentamos demostrar sin pretensiones de una originalidad y erudicion que no alcanzamos, pero con el ardiente deseo de contribuir con nuestro grano de

arena al grandioso monumento que hoy levantan los creyentes á las glorias del Catolicismo.

II.

Es el pauperismo palabra importada á nuestra lengua, con que la ciencia moderna señala á esas masas de indigentes, que en aciagos momentos se levantan animadas por el hambre, pidiendo, con la potente voz de la desesperacion, trabajo para sus brazos, pan para sus hijos, y comoviendo siempre á las naciones que las encierran en su seno. No es muy remota su historia; del desarrollo de la actividad humana en la esfera industrial nació tan destructora plaga. ¡Tan cierto es, que aun en los dias de mayor grandeza se ofrecen al hombre pruebas de su pequeñez! Pero si es moderno el pauperismo, son los elementos que le dan vida tan antiguos como el hombre mismo; porque con el primer pecado apareció el mal en el mundo; la tierra produjo abrojos, y el hombre comió el pan con el sudor de su rostro. Empezó el continuo padecer de nuestra vida, y desde entonces sufrieron unos las privaciones de la indigencia, sin que los demás encontraran la felicidad en sus riquezas. La Sentencia Divina pesó en la cadena de los siglos sobre todos los pueblos. Al estudiar la historia de la Caridad, podremos ver como en todos ellos se levantaron instituciones de amparo para el pobre, por más que ofrezcan algunos la triste pintura de la vida angustiosa que arrastraba la clase de los proletarios.

Contienen los sagrados textos, máximas de caridad y amor para con nuestros hermanos desgraciados. Moisés ordena á su pueblo que abra la mano al menesteroso, y este disfruta de parte de las cosechas, del diezmo, y de cuanto produce la tierra al sétimo año. Era ley observada por los hebreos la hospitalidad; y en todos los pueblos se dibuja con más ó menos vaguedad la existencia del indigente, objeto de los solícitos cuidados de sus semejantes, así como todas las teogonías consignan la misma desigualdad de condiciones y clases de la humanidad.

Trabajo superior á nuestras fuerzas, es el de hacer la historia de la pobreza, que no llegó á ser un elemento político en la vida de aquellas sociedades; no alcanzó la importante gravedad con que hoy se presenta, y el historiador no fijó su atencion en un mal, más tarde tan alarmante. Preciso es trasladarnos á los tiempos en que se forman Estados, que como Grecia y Roma, eran en la tierra el sol que presidia el movimiento de los demás pueblos. En la culta Atenas, la indigencia rodeaba á muchos desgraciados, que en su desesperacion abandonaban á

sus hijos, para evitar que sufriesen las amarguras de su triste condicion. En Esparta formaban los pobres una cuarta clase social; y Roma, esa ciudad, á cuyo solo nombre se despiertan en nuestra imaginacion recuerdos de gloria y de grandeza, esa altiva figura, que con la frente coronada de laureles y empuñando el cetro soberano, se presenta en la edad antigua como gigantesco monumento construido sobre las ruinas de las dominaciones abatidas, y los poderes vencidos, cubria con su manto de púrpura la esclavitud y la miseria en su más asquerosa desnudez. El esclavo, sér infortunado *non tam vilis quam nullus*, según le define la ley Aquilia, era una máquina de trabajo ó un objeto de tormentos; y si por acaso al nacer no era arrojado al *Velabrum*, arrastraba una vida de ignominia, y no pocas veces de infames crímenes. En cuanto al liberto, contaba solo para su existencia con el alimento que diariamente depositaba el patrono en su esportula. Las murallas de la ciudad reina del mundo, encerraban en su recinto la miseria que en un día se habia de levantar como elemento destructor de aquella sociedad.

El Cristianismo alumbró, como astro brillante, las negras cenizas de los pueblos que pasaron. La voz del Hombre-Dios quebrantó las cadenas de la esclavitud, que con su peso fueron parte para la ruina del imperio; brotó la semilla de la Caridad en el árido campo que cubriera de hierro y sangre la república tirana, y fueron los hombres, hermanos que juntos caminaron por el triste sendero de la vida. Pero la sentencia Divina habia de cumplirse, y la tierra solo produjo frutos regados con el sudor del hombre.

El estado de continuo guerrear de los pueblos medios, pudo ser causa de que la miseria no se presentase en ellos tan al desnudo, y el amparo que bajo los muros del convento ó el castillo encontraba el pobre, quitaba al mal la forma asquerosa que antes tuviera. Llegó un día en que, fatigado el cuerpo con el pelear de las batallas y el jugar de los torneos, escuchó el hombre la voz de la ciencia que en los solitarios claustros resonaba, dando vida á desconocidas ideas, que cultivadas en la meditacion y el estudio, aparecieron como otros tantos gloriosos descubrimientos que cambiaron la faz de la sociedad. Todo fué entonces progreso y desarrollo. Encontró el hombre más dilatados campos para su actividad. Pero extraviado en el camino de la ciencia, lanzó con satánico orgullo un grito de protesta, y apagada en su inteligencia la luz purísima del Catolicismo, quedó en la oscuridad del error, y desde entonces comenzó la lucha que hoy sostienen, el católico escudado con su religion, y el impio con su

falsa filosofía ó las débiles fuerzas de su razon. La industria, importante aplicacion de la actividad humana, adquirió tambien nueva vida, pasando de la opresion de los gremios á la libertad de que hoy goza; y como singular fenómeno, observamos, que así como la nueva ciencia esperimentó en su marcha notable quebranto, por la protesta de los nuevos filósofos, así tambien la miseria adquirió gigantescas proporciones al desarrollarse la industria, pasando del individuo á las formidables masas de obreros sin pan y sin trabajo, que hoy llaman á las puertas de los Estados como anuncio de una revolucion de que han de ser instrumento. Tal es el pauperismo. ¿Qué causas le han producido?

Cuestion es esta que merece capítulo aparte.

FEDERICO ARRAZOLA.

A LA MEMORIA DE MI QUERIDA MADRE.

SONETO.

Muerte cruel, de horror siempre ceñida,
Sorda al dolor, á la piedad estraña,
¿Por qué en mi madre se cebó tu saña,
Vertiendo hiel en mi profunda herida?

En la aurora risueña de la vida
Al golpe sucumbió de tu guadaña
Como temprana flor, y débil caña
Que troncha el viento en su veloz corrida.

Oigo su voz: el cielo es mi morada,
Me dice con amor; lllore el impio,
No el alma por la fé purificada;

Piensa en tu madre, y crecerá tu brío;
Breve es la lucha, corta la jornada;
Lucha y me abrazarás, lucha, hijo mío.

EL MARQUÉS DE HEREDIA.

EL ATEO.

SONETO.

¡Ciego de orgullo está! No alcanza á ver
lumbre del cielo en su razon brillar.....

Cuando eternas verdades quiere hallar,
ni á sí propio se puede comprender.

¿No ve de cielo y tierra en todo sér
la existencia Divina palpar?

¿No es Dios luz y consuelo? ¿Crear y amar
no es mejor que dudar y aborrecer?.....

Lucha es tenaz su mísero vivir:

se juzga en su arrogancia un semidios,
y del cielo la voz no sabe oír.....
¡Jamás iré de su delirio en pos!
Yo quiero, como el justo, en paz morir,
con la mano en la cruz y el alma en Dios.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

LA MUJER.

Tiende el Catolicismo á hacer de la mujer un ángel; tiende la revolucion á hacer de la mujer un monstruo: el Catolicismo consigue su fin, cuando la mujer, imitando á la fuerte de la Biblia, sigue la huella de María; la revolucion alcanza el suyo cuando la mujer, voluntaria ó involuntariamente, se deja llevar de materialistas ideas antisociales.

Y como en la natural condicion humana y en la docilidad característica de la mujer, es lo segundo mucho más fácil que lo primero, los ángeles escasean y los monstruos abundan.

Nada hay comparable con una mujer buena; nada hay más detestable que una mujer mala: la Sagrada Escritura lo confirma.

Puede decirse de ella, lo que de la lengua se ha dicho: «nada hay mejor; nada hay peor.»

En el bien es auxiliar poderosísimo; en el mal palanca de fuerza incalculable.

Por ley santa de Dios es «ayuda del hombre», y ora en el bien, ora en el mal, siempre le ayuda: no podia ser de otra manera.

Porque necesaria ó condicionalmente ha de cumplirse la voluntad del Todopoderoso, y se cumple.

Importa, pues, muchísimo, tanto como no es dado apreciar debidamente, que esa interesante mitad del género humano se eduque segun el Catolicismo aconseja.

No puede llenar de otro modo sus nobilísimos destinos.

La fé, la sana filosofia y la historia, nos dan de ello testimonio evidentísimo.

La mujer, fuera de la evangélica doctrina, es la mayor enemiga del hombre, el más enérgico estímulo de la impiedad y del error; y la mujer, por regla general, no se educa en la pura doctrina evangélica.

Sentimos profundamente decirlo; pero es la verdad, y lo decimos.

A la mujer se engaña por lo comun constantemente; vive en casi total ignorancia de su alta mision en la vida; no se forma para los grandes fines peculiares á su existencia; se educa mal, para decirlo de una vez, y las consecuencias son inevitables.

A pesar del Catolicismo, ni aun en los pueblos católicos disfruta hoy la justa consideracion que merece.

Conviene decirlo muy alto y sin rodeos; la mujer fuera del Cristianismo fué, es y será siempre una cosa; y tal marchan los tiempos, que aun dentro del Cristianismo, merced á las disolventes doctrinas que cunden, camina á pasos agigantados al servilismo pagano.

A fuerza de oír decir que vale poco, á fuerza de verse tenida en poco, ha llegado á persuadirse de que es cierto; y humillada ante su propia conciencia, degradada á sus mismos ojos, ó se vende por nada, ó se entrega fácilmente á los más escandalosos desórdenes.

Nada envilece tanto como el convencimiento de estar envilecido.

Horrible es en la mujer la vanidad; pero más horrible es el desprecio de sí misma.

Por cada vez que la vanidad la lleve al mal, la llevará cincuenta el triste error de su valía insignificante.

Antes, pues, que realzar á la mujer á las miradas del hombre, conviene realzarla ante su propia mirada.

¿Qué significan miramientos fingidos y consideraciones aparentes? Engaño y mentira, mentira y engaño son.

Si el hombre forma á la mujer, como es lo cierto, fórmela cual debe ser, y no cual á sus caprichos conviene.

Porque corrompida, oprimida y viciada, vicia, oprime y corrompe; ennoblecida, realzada y sublimada, sublima, realza y ennoblece.

El bien ó el mal que recibe, lo devuelve centuplicado; tal parece ser su destino.

Al que pretende humillarla, lo abate y pisotea; hunde en el cieno al que la mancha; esclaviza al que la oprime.

Y por el contrario, engrandece á quien la ayuda, eleva á quien la respeta, y colma de beneficios á quien la considera bondadoso: mil veces se sacrifica por todo el que la estima en lo que vale.

En una palabra: mala, es un infierno; buena, un cielo de venturas y esperanza.

Pero, como jamás fué cielo lejos de las doctrinas que defendemos, y sí infierno, y más que infierno, queremos trabajar y trabajaremos con toda la fé de nuestra alma, porque cundan mucho, muchísimo las salvadoras ideas que proclamamos.

Sin educacion católica no hay mujer buena posible.

Sin instruccion católica no hay mujer virtuosa posible.

Sin enseñanza católica no hay mujer digna posible.

Y la educacion, la instruccion y la enseñanza dependen en gran parte del hombre.

Quitad á la mujer la educacion católica, y de un golpe matareis en ella la moralidad, la virtud, la dignidad y la grandeza.

Y tendreis el mónstruo del materialismo, la piedra de escándalo social, el gérmen de toda corrupcion, el mueble de lujo de las paganas sociedades.

Las virtudes privadas y públicas, como los vicios, descansan muy principalmente en las virtudes ó en los vicios de la mujer: ella forma las costumbres, aunque el hombre forme las leyes, y no hay leyes sin costumbres, *Quid leges sine moribus, vané proficiunt*: dijo perfectamente Horacio.

Es la mujer el apóstol de la familia, el misionero del hogar doméstico.

¡Ay de la familia cuyo apóstol es un Judas, ó cuyo misionero es un impio!

Las familias hechura son de la mujer; las costumbres públicas reflejo son de las privadas. ¡Feliz el Estado que alimente mujeres virtuosas, porque virtuosos serán sus hijos, y fuertes y buenos sus invencibles ciudadanos!

Que no hay buenos hijos con malas madres, ni Estados fuertes con ciudadanos corrompidos; ni hijos, ni ciudadanos, ni Estados dignos, sin madres dignas y virtuosas.

Y estas solo el Catolicismo las produce; solo el Catolicismo las engendra: fuera de él son imposibles: hablen los pasados siglos; hablen los hechos cuotidianos.

Es necesario, por tanto, declarar guerra á muerte á las doctrinas antisociales, que con halagos viles degradan á la mujer para perderla.

Es necesario combatir á todo trance á los enemigos de la mujer, como á enemigos del bien de la humanidad, hasta arrollarlos por completo: no hay union posible entre Dios y Belial.

¡Fuera máscaras hipócritas!

La sociedad, para realizar sus grandes fines, necesita de la eficaz ayuda de la mujer; si solo en la mujer católica puede encontrar esa ayuda..... salud á la mujer católica, dulce esperanza de la cristiana sociedad.

En artículos sucesivos, estensa y detenidamente, trataremos las principales cuestiones indicadas.

L. ACOSTA, PBRO.

LA FELICIDAD.

Si las cuestiones se clasifican por su importancia, ninguna disputará el primer grado á la cuestion de la FELICIDAD.

Y si, á manera de filósofos, la consideramos con relacion al tiempo y al espacio, su importancia aumenta extraordinariamente.

A todos los hombres de todos tiempos y países ha interesado é interesa esta cuestion.

Porque, como dice Burlamaqui, el deseo de la felicidad es tan esencial al hombre, como su misma razon, de la que es inseparable.

La FELICIDAD es un problema universal.

El hombre en particular y la humanidad en general se agitan por resolverlo.

Aquel emplea toda la vida en su estudio, se afana y se esfuerza, y llega al término de su existencia sin darle solucion.

La humanidad tambien se esfuerza, sufre de vez en cuando violentas conmociones, y en ciertos instantes de exacerbacion febril, cree haberse apropiado la felicidad.

Mas esos momentos pasan, el delirio cede, y la felicidad no se ve.

Y al verse frustrada la humanidad en su tenaz empeño, retrocede para tomar distinto rumbo en busca del objeto de sus ensueños.

Mas todo en vano.

Y decimos que en vano, porque para nosotros el problema está resuelto.

Veámoslo.

La felicidad fué entregada al hombre por el mismo Dios.

Adan y Eva tenian por compañera en el Paraiso á la felicidad.

Así consta de los libros santos.

Mas la felicidad es pura.

Y no puede hallarse donde exista una mancha.

Y cuando el hombre se manchó con la primera culpa, la felicidad abandonó al hombre.

Y como en el mundo habia una mancha, la felicidad huyó del mundo.

Ahora bien: ¿es esa la felicidad que busca el hombre?

¿Es esa la felicidad por que la humanidad suspira?

Si así fuese, yo saldria al encuentro del hombre y le gritaria con un escritor de nuestros dias:

«¡Alto! ¡pobre viajero del mundo! ¡no pretendas tocar con tus manos la inmensa cortina azul del firmamento!»

Si esa fuese la felicidad por que la humanidad suspira, y yo potente para dirigirme á la humanidad, la diria:

¡No suspires!.... ¡llora!.... ¡convierte tus ayes en quejidos lastimeros!.... ¡En vano buscas á la compañe-

ra de tu infancia!.... ¡ya no existe en la tierra!.... ¡voló al cielo!

¡Y por cierto, que aunque la humanidad derramase lágrimas á torrentes, y lágrimas de sangre, no lloraria bien su pérdida!

Y sin embargo de todo esto, aun se corre en busca de la felicidad.

Y todavía hay imaginaciones enfermas que intentan servir de guía á la humanidad en sus caprichosos empeños.

Pero la felicidad no se inventa.

Ni con los sueños de Rousseau.

Ni con los delirios de Fourier.

Ni con la tan decantada hoy filosofía alemana.

Ni con todas las elucubraciones de tantos y tantos utopistas, como en el taller de la locura han pretendido fabricar máquinas de felicidad.

Inútil tarea.

El que la emprende, se asemeja al niño que corriendo tras su sombra se cansa y se fatiga en balde; y si por cojerla se arroja al suelo, ó el lodo le mancha, ó el polvo le ciega.

Así, pues, no hay que cansarse en quiméricas investigaciones.

Nada se encuentra en el mundo que pueda constituir la felicidad.

Hay sin embargo en él, de felicidad un gran germen.

LA EDUCACION.

Ved lo que puede darnos la felicidad *posible* en la vida, y despues la felicidad verdadera.

Porque la felicidad consiste en el logro del *bien* que deseamos.

Y la educacion es el manantial perenne de todos los *bienes*.

Es el único elemento de perfeccion que existe en el mundo.

Elemento que fecundiza las más preciosas semillas en el corazon y en la inteligencia.

Y llega hasta producir un saludable ambiente para la naturaleza material del hombre.

La educacion, en fin, produce un grado de *perfectibilidad* que podrá ser mayor ó menor, pero que siempre será el *bien* superior en la vida.

De su posesion, resulta un gozo santo, una paz indecible, una satisfaccion imponderable.

Hé aquí la felicidad posible en la tierra.

Es verdad que es incompleta; pero ¿qué más podeis pedir en el mundo, que segun la magnífica expresion de la Iglesia, es un valle de lágrimas?

Nuestra voluntad no se saciará nunca en él,

Para quedar enteramente satisfecha, necesita la posesion del Sumo Bien.

Hé ahí la FELICIDAD.

Si la quereis.... ¡mirad al cielo!.... y seguid el derrotero que para llegar á él, os ha trazado la Providencia Divina.

RAMON RUBIO JUNCOSA.

El día 7 del corriente celebró la Iglesia la festividad de Santo Tomás de Aquino, del águila de la filosofía, del hombre que, arrebatado por el amor á la verdad, abandona el fausto y las comodidades propias de su estado y nacimiento, renuncia á toda clase de placeres, para surcar con rauda vuelo las regiones metafísicas, ora subiendo hasta Dios, ora descendiendo hasta el hombre, purificando con el poderoso fuego de su inteligencia, las doctrinas de la escuela peripatética, y echando los firmísimos cimientos de la verdadera escolástica; del hombre que, ve su anhelo de llegar hasta la posesion completa de la verdad favorecido por Dios, que en su inmensa sabiduría le concede lo que no pudo lograr ni el mismo San Pablo; el libre ejercicio de la razon á seguro de toda asechanza de las pasiones.

Tributémosle nosotros hoy con la Iglesia nuestra admiracion, como hombre, al príncipe monge; como filósofo, al que logró oír del cielo las inefables palabras de *Bene de me scripsisti Tomæ*.

Con el más profundo dolor anunciamos á nuestros lectores la muerte de la virtuosa señora, madre del señor D. Antonio Aparisi y Guijarro, colaborador de nuestra Revista.

Reciba su dignísimo hijo el sincero pésame que con estas líneas le enviamos.

¡Dios haya recibido en su seno á la mujer cristiana!

España no podía menos de contestar al grito de LA CRUZADA, y ha contestado. Así lo esperábamos, y así ha sido. Las numerosas suscripciones que diariamente recibimos, hasta de provincias, á que no hemos enviado aun un solo prospecto, dicen mas que todo. España siempre es la misma.

ADVERTENCIAS.

La administracion de la Revista tendrá como suscritores á todos los que, habiendo recibido el primer número, no devuelvan este ó avisen para que no se les envíe el tercero.

Si alguno de los nuevos abonados desea que no figure su nombre en la lista de señores suscritores, tendrá la bondad de indicarlo oportunamente.

Por todo lo no firmado,
El Administrador Secretario,
LUCIANO ACOSTA.

MADRID: 1867.—Imp. de R. Vicente, Clavel, 4.